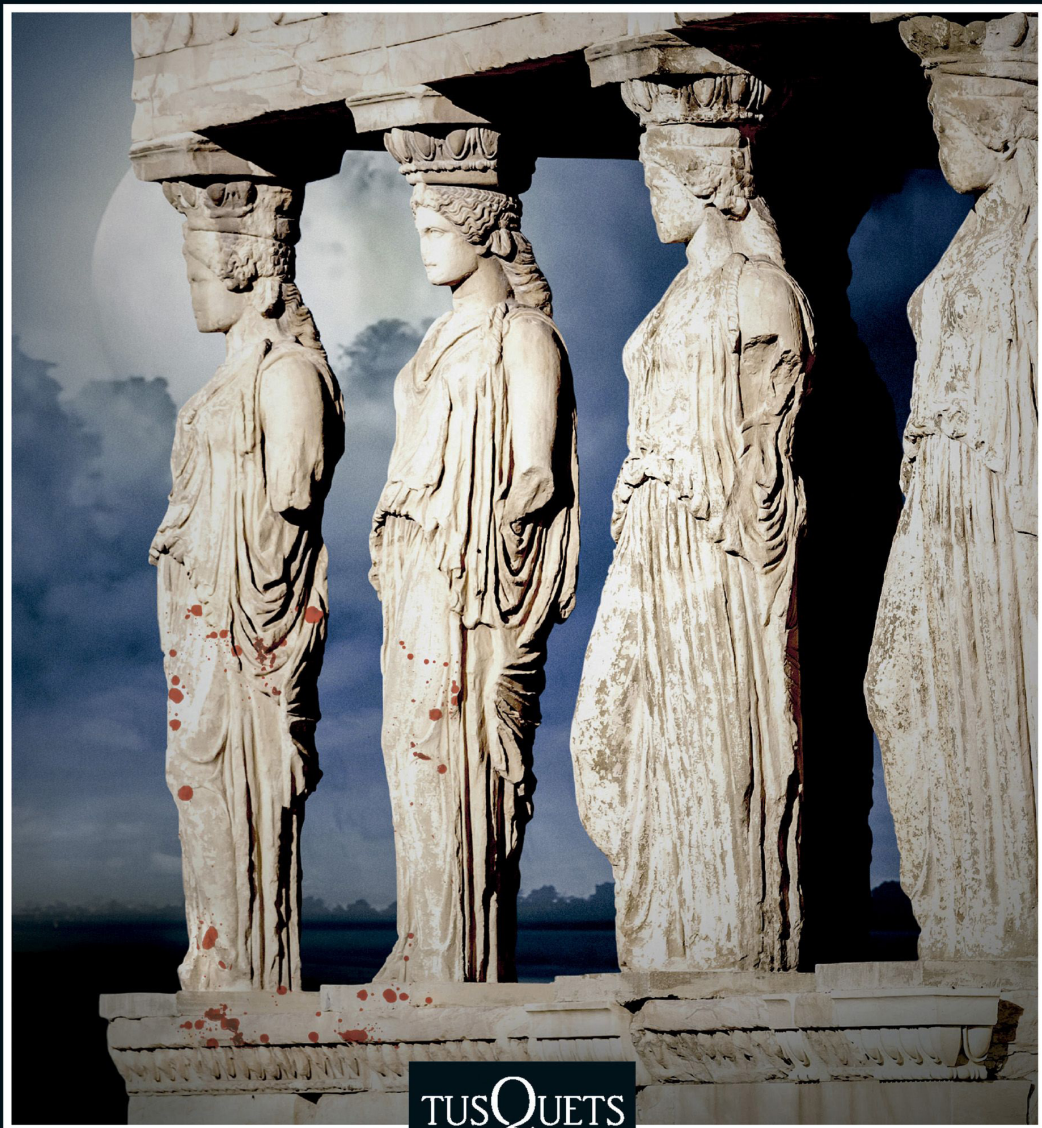


Petros Márkaris

LA REVUELTA DE LAS CARIÁTIDES

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

PETROS MÁRKARIS
LA REVUELTA DE LAS CARIÁTIDES

Traducción del griego de Ersi Marina
Samará Spiliotopulu

TUSQUETS
EDITORES

—Las previsiones son muy optimistas, Lena. Todo el mundo está de acuerdo en que el PIB de Grecia experimentará el año que viene un aumento significativo. Algunas agencias internacionales calculan que subirá hasta un 8,2 por ciento.

—Es decir, nos esperan días mejores.

—Diría que excelentes, Lena.

Últimamente escucho estas noticias prometedoras todas las tardes, como hace años escuchábamos la canción *Los niños del Pireo*, de Jatzidakis, a todas horas. Ahora bien, por qué en pleno 2010, cuando recibíamos dinero a carretadas de los fondos de la Unión Europea, nos fuimos a pique, mientras que ahora, tras el coronavirus y el confinamiento, creceremos, es algo que no entiendo; aunque reconozco que soy un negado en asuntos económicos. Pero si se demuestra que los expertos tienen razón, acabaremos rezando para que el coronavirus no desaparezca, a ver si así aumentan nuestros ingresos.

Apago el televisor y me voy al dormitorio. No para dormir, sino para disfrutar de las vistas.

Las vistas no son de ningún paisaje, sino de un traje colocado en una percha que cuelga del pomo del armario. Me planto delante del armario para admirar mi nuevo uniforme de director de la policía del Ática. Hace una semana que me

comunicaron mi ascenso. Mañana el ministro me nombrará oficialmente jefe de las Fuerzas de Seguridad del Ática, y me felicitará.

Contemplo el uniforme con un nudo en la garganta. Estoy emocionado, pero al mismo tiempo me obsesiona la idea de cómo me sentiré mañana cuando esté paseando como un gallito por los pasillos del Ministerio del Interior.

—¿Qué? ¿Admirando tu nuevo uniforme? —oigo detrás de mí la voz de Adrianí.

Los pecados de la infancia nos persiguen toda la vida, o sea que empiezo a justificarme, como siempre que me pongo nervioso:

—¿Qué le voy a hacer? El éxito también saca a relucir nuestras debilidades.

—Ya puedes estar orgulloso, te lo has ganado por tus méritos.

El sonido del móvil nos interrumpe: es Katerina, que me llama desde donde está pasando las vacaciones.

—Queremos desearte buena suerte para mañana. ¡Estamos todos muy orgullosos de ti!

—Gracias, hija mía.

—Y cuando volvamos, lo celebraremos en familia.

—Por supuesto. ¿Cómo va todo por Pilio?

—Estupendamente. Aquí hay mucha paz, no podemos pedir más.

Colgamos y le comento nuestra conversación a Adrianí.

—Pues sí —comenta ella—, parece que Pilio les está sentando muy bien. Por fin pueden relajarse y tomarse un respiro. ¡Lambros está entusiasmado con el mar! En fin, voy a preparar la cena...

—No, mejor no. Hoy cenaremos fuera para celebrar mi ascenso.

Adrianí me mira sorprendida.

—¡Pero si hemos decidido que lo celebraremos en familia!

—La celebración familiar vendrá después. Tú has estado a mi lado desde que era un simple agente, así que primero tenemos que celebrarlo tú y yo.

—Voy a vestirme —dice mi mujer con voz casi inaudible debido a la emoción.

Mientras Adrianí se arregla, pienso en dónde podríamos ir a cenar. De entrada, descarto los restaurantes porque no tendría sentido hincharnos a comer. Las cenas de celebración son para ir picoteando y charlando.

Subimos al Seat y pongo rumbo a la taberna Inozira, en Kesarianí. Pedimos marisco con verduras y sardinas rellenas, y, para beber, vino blanco. Después de llenar nuestras copas, levanto la mía.

—Venga, a nuestra salud.

—Por que disfrutes de tu ascenso y te sientas orgulloso de tu generación, Kostas —me dice Adrianí mientras chocamos nuestras copas.

—¿De mi generación? ¿Cómo se te ha ocurrido esto? —pregunto, sorprendido.

—Tu generación empezó de cero y, con esfuerzo, fue subiendo peldaño a peldaño, a veces a trompicones, hasta llegar a ser algo. Tú eres de los últimos que lo han conseguido. Las generaciones de hoy en día, con sus estudios y sus diplomas, empiezan desde arriba y van bajando peldaños hasta dar con una triste silla donde sentarse.

—Sí, pero tú eres de la misma generación.

—Para las mujeres de nuestra generación no había ascenso posible, solo teníamos un camino: ser buenas esposas, buenas amas de casa y buenas madres. Actualmente existe la división del trabajo. En nuestra época nosotras teníamos la división de la familia.

Me la quedo mirando, atónito, mientras ella prueba la ensalada de alcachofas y el marisco.

—A veces me dejas sin palabras. ¿Cuándo se te ha ocurrido esto?

—Mientras cocino. Aunque tú te deshagas en elogios de mis habilidades culinarias, yo estoy harta de guisos. Cada vez que preparo la comida, empiezo a pensar en otras cosas para apartar la mente de las cacerolas.

De repente se echa a reír.

—¿Y ahora qué pasa?

—Hasta ahora eras un policía con una hija abogada y un yerno cardiólogo. Ahora tu hija, la abogada, y tu yerno, el médico, tienen un padre y un suegro responsable de las Fuerzas de Seguridad del Ática. Ya estáis todos al mismo nivel.

El buen humor nos ha abierto el apetito y disfrutamos de los manjares que hay en la mesa. Estoy tan hambriento que engullo, y se me cae un trozo de marisco encima de la camisa, que deja una mancha enorme.

—Menos mal que no llevo el uniforme nuevo —me consuelo.

—No te preocupes. Aunque llevaras el uniforme, siempre sería una mancha de comida. Jamás sería una mancha en tu historial, como un soborno —me responde mi mujer con ironía.

Su comentario me sube la moral y pido medio litro más de vino.

Regresamos a casa trastabillando. Nos dejamos caer en la cama, ahitos de tanta comida y bebida. Y, por primera vez en muchos años, Adrianí me da las buenas noches estam-pándome un beso en la mejilla.

Me miro por última vez en el espejo. El uniforme me sienta bien. Adrianí me alisa los galones para que no abulten y camina a mi alrededor, con ojo crítico.

—Estás perfecto —me dice.

Me acompaña a la puerta y me desea mucha suerte.

Lo apropiado sería ir en coche oficial, como requiere la ocasión. Sin embargo, la ostentación agravaría mi ansiedad, que está ya por las nubes. Así que decido ir en el Seat. El tráfico es escaso, pero aunque hubiera embotellamiento, no me habría dado cuenta. Solo pienso en el ascenso y en mis nuevas obligaciones. El problema no es el director nacional de Seguridad —me he reunido con él en incontables ocasiones y ya nos conocemos—, lo que me atormenta es el encuentro con el ministro. No se me dan bien los discursos y los eventos oficiales siempre me generan inseguridad.

Llego a la sede del ministerio y dejo el Seat en el aparcamiento. Al verme con el uniforme, los policías de la entrada acuden a felicitarme. Sigue otra ronda de felicitaciones en la sala de espera del director.

Este se levanta de un salto cuando entro en su despacho, viene hasta la puerta y me da un caluroso apretón de manos.

—Me alegro de que aceptaran mi propuesta, y, además,

por unanimidad. Ha sido ascendido al puesto que se merece. —Tras una pausa, me mira sonriente—. Le he preparado una sorpresa... —Se acerca al teléfono y marca un número interno—: Ya ha llegado —dice escuetamente.

Espero la sorpresa con impaciencia. Al abrirse la puerta me quedo estupefacto. En el umbral aparece el subdirector, acompañado de Guikas.

Al ver mi expresión, el director y el subdirector se echan a reír. Guikas me estrecha la mano con entusiasmo.

—Enhorabuena, Kostas —me dice—. Te has ganado el ascenso por tus propios méritos. Enhorabuena también a usted, señor director. Una elección muy acertada. —Se dirige de nuevo a mí al tiempo que me suelta la mano—: No quería felicitarte por teléfono, quería verte en persona y darte un buen apretón de manos.

—Muchísimas gracias, Guikas —le digo, incapaz de ocultar mi desconcierto. Es la última persona a la que esperaba ver el día de mi nombramiento.

—«Muchísimas gracias, Zanasís» —me corrige, y se vuelve hacia mis superiores—: Yo ya le he felicitado, así que me voy para que sigáis con lo vuestro.

Lo acompaño hasta la puerta.

—Muchísimas gracias de nuevo, Zanasís. Me has dado una gran alegría —le digo.

—Tú también me has dado una gran alegría con tu ascenso —contesta.

Se marcha tras un último apretón de manos. Jamás se me habría pasado por la cabeza que vendría hasta Atenas para felicitarme; estoy realmente conmovido.

—No hay mucho que decir —comenta el director cuando nos quedamos solos—. Ya hemos enviado la circular informativa a los distintos departamentos que dependen de usted y todos saben oficialmente que es su nuevo

superior. Ahora vamos a ver al ministro para que pueda felicitarle también.

—Cuando terminemos con el ministro, me gustaría que habláramos los dos a solas —me dice el subdirector.

Al entrar en el despacho del ministro, este se levanta y se nos acerca. Después se dirige a mí:

—Quería darle la enhorabuena en persona —me dice—. No he oído más que elogios de usted. Estoy seguro de que el señor director ha hecho la mejor elección posible.

—Gracias, señor ministro —le respondo mientras nos estrechamos las manos, acompañados por las sonrisas del director y del subdirector.

—Quiero que sepa que la puerta de mi despacho estará siempre abierta para cualquier cosa que necesite —añade el ministro. Después se dirige al director—: Ahora que estamos reunidos por algo tan positivo, me gustaría comentar un tema importante. —De nuevo se vuelve hacia mí—: Se trata, sobre todo, de usted y de sus nuevas obligaciones.

Eso quiere decir que se han acabado las felicitaciones. Nos sentamos a la mesa de reuniones, presidida por el ministro.

—Esta mañana, el ministro de Desarrollo me ha informado de que un grupo de grandes empresarios extranjeros planea trasladar sus sociedades a Grecia. De hecho, ya están organizando un viaje para elegir los lugares donde ubicar las instalaciones. En estos momentos no dispongo de más detalles, pero imagino que comprende la trascendencia que tiene esta visita para nosotros.

—¿Cuándo nos visitarán? —pregunta el director.

—El ministro de Desarrollo no me ha facilitado la fecha exacta. Únicamente ha hecho hincapié en que tanto el primer ministro como el Gobierno en su totalidad consideran que, si el plan de los empresarios se materializa, Grecia po-

dría convertirse en uno de los países económicamente más pujantes de Europa. —Tras un silencio, nos mira—: Como ven, la seguridad de estos empresarios es crucial. Por eso quiero que preparen un plan para su protección, aunque solo sea provisional.

—Sería conveniente tener el programa de sus desplazamientos por el país, señor ministro —le explico—. Elaboraremos un plan pormenorizado cuando sepamos la fecha de su llegada y las zonas que visitarán. Si nos apresuramos y lo organizamos todo al detalle antes de tiempo, está casi garantizado que se cometerán errores, lo cual podría provocar desajustes y, sobre todo, retrasos por nuestra parte.

—De acuerdo, tracen un plan inicial y volveré a informarles en cuanto tenga las fechas y su programa de visitas —me responde el ministro.

—Ha comenzado con buen pie en su nuevo cargo —me dice el director, satisfecho—. Usted, como responsable de Seguridad, tendrá que informarnos.

—Dejemos pasar un par de días —le contesto—. Toda la información debe comprobarse, así que no quiero precipitarme.

Asentimos y nos separamos. El director entra en su despacho mientras yo acompaño al subdirector al suyo.

—Hay otro asunto que tendríamos que discutir... —me dice en cuanto nos sentamos.

—Le escucho.

—Ahora que ha asumido la dirección de los Cuerpos de Seguridad del Ática, no tendrá tiempo para supervisar también el Departamento de Homicidios, así que deberíamos encontrar a alguien que se haga cargo de él. ¿Tiene algún candidato en mente?

Reflexiono un poco antes de contestar.

—El más adecuado sería Dermitzakis, que lleva muchos

años en Homicidios. Sin embargo, no creo que sea buena idea que asuma el cargo alguien del propio departamento. Su ascenso podría suscitar envidias y animadversiones. Preferiría que alguien de otro departamento se hiciera cargo. Aun así, me gustaría que Dermitzakis recibiese el ascenso que se merece, sí, pero trasladándolo a otra división.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted. El caso de Dermitzakis tiene fácil arreglo: hay un puesto vacante en la Brigada Central de Estupefacientes. Podría ocuparlo él. Pero volvamos al Departamento de Homicidios... —Hace una pausa y me mira—: Tengo una propuesta, aunque no sé qué le parecerá —me dice, dubitativo.

—Hable con confianza —le animo—. Dígame en quién ha pensado como candidato y lo pensaré.

—No es un candidato. Es una candidata.

No doy crédito a lo que acabo de oír.

—¿Propone nombrar a una mujer policía para dirigir el Departamento de Homicidios? —pregunto cuando logro recuperar la voz.

—¿No le parece que ha llegado el momento de que el Departamento de Homicidios lo dirija una mujer? La violencia y los crímenes contra las mujeres han aumentado exponencialmente, tanto que incluso ya no los llamamos homicidios, sino feminicidios.

—Ese departamento no se ocupa solo de los crímenes cometidos contra las mujeres, sino también de otros más graves, como el crimen organizado —le contesto mientras me esfuerzo por mantener la calma—. Eso en primer lugar. En segundo lugar, están las fricciones que se podrían producir dentro del propio departamento entre la directora y el personal masculino. En estos momentos solo hay una mujer en el departamento, que actúa como coordinadora y es la encargada del soporte informático y digital. Y en tercer y

último lugar, ¿cómo se comportarían ante una mujer las divisiones que colaboran con Homicidios? Todo esto podría tener consecuencias muy graves para el curso de las investigaciones.

El subdirector me mira.

—No subestimo en absoluto sus reservas —responde tranquilo—. Por eso me ha parecido interesante que se reúna con la candidata para que pueda formarse una primera impresión. Luego ya podremos tomar una decisión definitiva. Se llama Antigoni Ferlekis y está esperando en el despacho de al lado.

—De acuerdo, pues. Tengamos ese primer encuentro y volvamos a hablar después.

No quiero rechazar su propuesta a la primera. Prefiero dejar la puerta entreabierto para no crear un conflicto en mi primer día.

El subdirector vuelve poco después, acompañado de una oficial.

—Le presento a la comisaria Antigoni Ferlekis.

Tras la breve presentación se retira para que podamos hablar tranquilamente.

Ferlekis se sienta frente a mí. Debe de rondar los cuarenta años. Pertenecer a esa categoría de personas que no llaman la atención. No es ni guapa ni fea. Ni alta ni baja. Ni gorda ni delgada. La clasificaría como incolora, inodora e insípida si no fuera por su sonrisa. Cuando el subdirector me la ha presentado, me ha sonreído y de repente se ha transformado en otra persona.

—¿Qué puestos ha ocupado en el cuerpo hasta ahora? —pregunto para romper el hielo.

—Mi primer destino fue en la Dirección de Formación y Desarrollo de Recursos Humanos. A continuación me trasladaron a la Dirección de Organización y Soporte Jurídicos.

—¿Tiene formación jurídica?

—Cuando ingresé en el cuerpo, continué con mis estudios de Derecho. Ahora estoy licenciada.

—¿Y después?

—Me destinaron a la Policía de Tráfico de Atenas, y actualmente presto servicio en Europol.

—¿Habla otros idiomas?

—Inglés e italiano.

—Me imagino que el subdirector ya la habrá informado...

—Me ha dicho que usted está llevando a cabo una exploración inicial para cubrir el puesto de director del Departamento de Homicidios.

Ha llegado el momento de adentrarnos en las cuestiones espinosas.

—Tiene usted una formación académica como pocos en los cuerpos de seguridad, y la felicito por ello —digo a modo de introducción—. Sin embargo, Homicidios es una división muy masculina. Con esto no me refiero solo al departamento en sí, sino, sobre todo, a los casos que investiga. Los criminales, en su inmensa mayoría, son hombres, al igual que los sospechosos a los que interrogamos a lo largo de cada investigación. Por lo tanto, usted se encontraría siempre rodeada de hombres.

Ella me mira y me dedica una de sus cálidas sonrisas.

—Señor director, mi experiencia con los hombres no deriva de relaciones amorosas ni matrimoniales. Deriva exclusivamente de mis relaciones profesionales en los diversos departamentos donde he prestado servicio, en su mayoría compuestos por hombres, desde el director o el superior jerárquico hasta el último compañero. En lo que se refiere a los criminales, tuve la suerte de formar parte de la delegación griega de Europol. Aunque deba esta suerte a mi cono-

cimiento de idiomas, mi contacto con las distintas formas de delincuencia es cotidiano, ya que los casos que investigamos son casi exclusivamente crímenes y muchos de ellos están relacionados con el crimen organizado. —Hace una pausa y me vuelve a sonreír—. Europol tiene, además, otra ventaja: me ha puesto en contacto con colegas de otros países.

He empezado esta entrevista con cierto recelo, pero su experiencia en Europol y, sobre todo, sus respuestas han cambiado mi predisposición. No obstante, prefiero mostrarme cauto. Necesito tiempo para pensar con claridad.

—Creo que ya me ha dado información suficiente. Se lo agradezco —le digo.

Ferlekis permanece en su sitio, observándome.

—¿Dispone usted de un momento para que añada algo más?

—Por supuesto.

—Si viese que este cargo en Homicidios me va grande, yo misma solicitaría mi relevo. Hay otras vacantes en los cuerpos de seguridad, no necesito permanecer atada a un cargo para el que no doy el perfil.

—Un periodo de prueba sería la solución adecuada, tanto para usted como para mí —le contesto.

—Muy bien, después usted decidirá.

Sin más dilación se levanta, se despide y sale del despacho. El subdirector regresa inmediatamente.

—¿Cómo ha ido? Me gustaría oír sus impresiones.

—Le seré sincero: mi disposición inicial era negativa. Pero su cualificación y las respuestas que me ha dado me han parecido muy convincentes.

Le resumo la conversación y las últimas frases que hemos intercambiado.

—Fui su superior en Europol durante los dos primeros

años y tengo una opinión inmejorable de ella —me explica el subdirector—. Se me había ocurrido la misma solución provisional, pero usted se me ha adelantado. Le propongo que la nombremos por un periodo de prueba de seis meses. Si al final del semestre vemos que no es la persona adecuada para el puesto, buscaremos a otro responsable.

—Estoy de acuerdo, aunque quisiera comentarle dos asuntos más. El primero, si ya puedo comunicar a Dermitzakis su ascenso y su traslado. El segundo tiene que ver con el personal de Homicidios: necesitamos a alguien que sustituya a Dermitzakis.

—El traslado de Dermitzakis está decidido. En cuanto a su sustituto, pronto lo encontraremos. No creo que haya ningún problema.

Me despido del subdirector visiblemente satisfecho.

—Sea como sea, vuelvo a constatar que es usted una persona de mente abierta. Cualquier otro no se habría dejado convencer con tanta facilidad —me dice a modo de despedida.